

taba del pueblo. Con frecuencia pasábase una tarde entera sentado en una piedra, tomando el sol, inmóvil y con los ojos muy abiertos. Las gentes que pasaban no le hacían caso, pues ya le consideraban como una cosa. Hasta la pipa le fatigaba. No sentía más deseo que el de no cambiar de sitio. Aquello era, después de la muerte de la voluntad y de la autoridad, la última decadencia, la vida animal en la agonía de su abandono. Por lo demás, ni siquiera se quejaba por ese abandono: los viejos no sirven para nada. El mismo había deseado la muerte de su padre.

Todavía le faltaba un sufrimiento. Julio se disgustó de él, conquistado por la pequeña Laura. Esta, cuando le veía con el abuelo, parecía celosa y le llamaba. Aquel viejo les fastidiaba: más divertido era jugar juntos. Y si su hermano no la seguía, le cogía por un brazo y tiraba de él.

Una tarde Fouan había ido á esperar á Julio á la puerta de la escuela, tan cansado, que había pensado en él para que le ayudara á subir la cuesta; pero Laura salió con su hermano, y cuando el viejo buscaba la mano del niño, se echó á reír diciendo á éste:

—¡Déjale!

Luego, volviéndose á los otros pilluelos:

—¿Verdad que es una tontería irse con el viejo?

Entonces Julio se puso colorado y queriendo echarla de hombre se escapó de un salto, diciendo á su abuelo:

—¡Me fastidias!

Asombrado y con los ojos llenos de lágrimas, Fouan vaciló como si la tierra le faltara al faltarle aquella mano que le negaba. Aumentaron

las risas, y Laura obligó á Julio á bailar alrededor del viejo cantando una canción infantil.

Fouan, desfallecido, tardó cerca de dos horas en volver á su casa. Aquello fué el fin: el niño dejó de llevarle su sopa y de hacerle la cama, cuyas pajas no eran movidas más que una vez al mes. No teniendo ya ni siquiera aquel pequeño con quien hablar, sumióse en el silencio absoluto, y su soledad fué completa. Jamás una palabra sobre nada, á nadie.

III.

Habían comenzado las labores de primavera, y Juan, una fría tarde de Febrero, acababa de llegar con su arado á su gran pieza de la llanura, donde aun tenía que echar dos buenas horas de trabajo. Era un trozo que quería sembrar de trigo, una variedad escocesa, un ensayo que le había aconsejado su antiguo amo Hourdequin, poniendo á su disposición algunos hectolitros de semilla.

Juan comenzó su tarea lanzando á su caballo el grito ronco con que lo excitaba:

—¡Hep!

Las lluvias y el sol habían endurecido la tierra, que crujía al penetrar en ella la reja. Algunas veces un obstáculo, una piedra producía una brusca sacudida.

—¡Hep!

Y Juan, con sus brazos extendidos, cuidaba de la perfecta rectitud del surco, que parecía trazado á cordel; mientras que su caballo, con la cabeza

baja y las patas hundidas en la tierra, tiraba de un modo uniforme y continuo.

Abierto un surco, Juan volvió y comenzó otro. Bien pronto, como le sucedía otras veces, entróle una especie de embriaguez al olor que exhalaba aquella tierra removida: el olor á los senos húmedos donde fermentan los gérmenes. Jamás sería un verdadero campesino. Seguía siendo el antiguo obrero de las ciudades, el soldado que había hecho la campaña de Italia. Siempre había tenido ideas de retirarse al campo; pero ¡qué tontería, haberse imaginado que el arado satisfaría sus deseos de tranquilidad!

¡Cuántas miserias en aquellos últimos diez años! Primero el largo tiempo esperando á Francisca; luego la guerra con los Buteau. Y ahora que poseía á Francisca, ¿podía considerarse dichoso? Si él la amaba siempre, sentía que ella no le amaba como él habría deseado. Vivían en paz y prosperando, pero él la sentía fría, ocupada en otros pensamientos, hasta en el lecho cuando él la gozaba. Ahora ella estaba embarazada de cinco meses; pero esto no los había aproximado, y él notaba que seguía siendo un extraño para su mujer. Después del matrimonio, exasperada contra los Buteau, ella había traído de Rognes, un sábado, un pliego de papel sellado, para hacer testamento dejándolo todo á su marido; luego había cambiado de opinión y el papel seguía en blanco en la cómoda; y esto produjo á Juan un secreto pesar, no porque fuera interesado, sino porque en ello veía una falta de cariño. Por lo demás, ¿á qué el testamento, ahora que el pequeño iba á nacer?

Juan se detuvo para que descansase el caballo.

Con una mirada examinó el horizonte, la llanura inmensa donde otros labradores se destacaban sobre el gris del cielo. Sorprendióse al reconocer al tío Fouan que venía de Rognes por el camino nuevo. Luego bajó la cabeza y quedó por un momento absorto en la contemplación del surco abierto, y sus reflexiones se hicieron confusas sobre aquella idea que le había dado de remover la tierra para ganarse el pan, sobre el disgusto de no ser amado por Francisca, sobre el hijo que le iba á nacer, sobre todo lo que trabajaba, para al fin no ser dichoso. Cogió otra vez el mango del arado.

— ¡Hep!

Acababa Juan su faena cuando Delhomme, que volvía á pié de una granja vecina, se detuvo en la margen del campo.

— ¿No sabéis la noticia, Caporal?... Parece que va á haber guerra.

Juan dejó el arado, sobrecogido, asombrado por el golpe que acababa de recibir en el corazón.

— ¿Cómo, guerra?

— Con los prusianos, según dicen los periódicos.

Con los ojos fijos, Juan volvía á ver la Italia y aquellas batallas de las cuales salió sin una herida. En aquella época sólo deseaba vivir tranquilo, y ahora aquella idea de la guerra le encendía la sangre.

— ¡Diablo! ¡si los prusianos nos han faltado!... No hemos de dejar que se rían de nosotros.

Delhomme no era de esta opinión. ¿Qué se ganaba con ello? Lo mejor era entenderse.

Delhomme se marchó, esparciendo por todas partes la noticia.

Juan, habiendo terminado, tuvo la idea de ir á la Borderie á recoger la semilla prometida. Dejó el arado y montó en el caballo.

En la Borderie, después de haber atado su bestia, llamó inútilmente. Todo el mundo debía estar en el trabajo. Entró en la cocina desierta y siguió llamando. Al fin oyó la voz de Santiaguilla salir de la cueva. Asomóse á la trampa y ella le reconoció desde abajo.

—¡Calle, Caporal!

Él también la veía en la vaga claridad de la lechería, iluminada por una tronera. Allí trabajaba con las mangas recogidas hasta los codos y los desnudos brazos llenos de crema.

—¿Qué, no bajas? ¿te doy miedo?

Pero él no se movió.

—Vengo por la semilla que me prometió el amo.

—¡Ah! ¡sí, ya sé!... Espera, ya subo.

Cuando subió y le dió la luz de lleno, encontróla fresca. Ella le miró con sus lindos ojos perversos, y le preguntó con acento de broma.

—¿Qué, no me abrazas?..... El estar casado no autoriza á ser mal educado.

Juan la abrazó y le dió dos besos muy sonoros en las mejillas, como para decir que eran sólo de amistad. Pero Santiaguilla le turbaba y sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento que jamás había experimentado con su mujer, á la que amaba tanto.

—Vamos, ven—añadió Santiaguilla.—Voy á enseñarte la semilla..... Imagínate que hasta la criada se ha ido.....

Entraron en el granero, y allí estaba el trigo en montones que contenían unas tablas. Habíala seguido, y se turbó un poco al encontrarse solo con ella en aquel rincón oculto; pero afectando interesarse en el asunto que le había llevado, dijo:

—¡Oh, qué hermoso es!

Pero ella lo atrajo á lo que la interesaba.

—Tú mujer está embarazada; no os desengañéis! ¿Te portas con ella tan bien como conmigo?

Él se puso colorado, y á ella le divirtió el trastornarlo de aquel modo. Después pareció entristecerse y dijo:

—¡No puedes imaginarte cuántos disgustos he tenido; pero todo ha pasado!

En efecto, un día vino á la Borderie el capitán, el hijo de Hourdequin, y en seguida supo todo lo que ocurría. Por un momento tembló Santiaguilla, porque había pensado en casarse con Hourdequin y heredar la granja. Pero el capitán cometió la falta de intentar un juego conocido, de querer desembarazar á su padre, haciéndose sorprender por él acostado con Santiaguilla. Mas ella mostróse de una virtud feroz, dió gritos, lloró y declaró á Hourdequin que se iba, pues que no la respetaban. El resultado fué que el hijo se marchó.

Hourdequin, en un arrebato de cólera, había jurado desheredar á su hijo, y ella trabajaba por atraerle á hacer un testamento en su favor, y ya se creía la propietaria de la granja, porque le había arrancado la promesa una noche en la cama.

—Tantos años sacrificados en divertirle, ya comprenderás que no lo hago por sus lindos ojos.

Juan no pudo menos de reirse. Hablando, hablando, ella había metido sus desnudos brazos en el trigo, y los retiraba y los volvía á meter, cubriendo su piel de un polvillo fino y suave. Miraba Juan aquel juego y se le escapó en voz alta una reflexión, sintiéndolo en seguida:

—Y con Trou, ¿cómo va?

Ella no pareció molestada.

—¡Ah! quiero mucho á ese animal, pero él no es razonable..... ¿Pues no le ha dado por estar celoso?..... No me consiente más que al amo, y aun creo que por la noche va á escuchar si dormimos.

Juan se echó otra vez á reir. Pero ella no se reía, porque tenía miedo á aquel coloso.

Luego, encogiéndose de hombros, añadió sonriente:

—Mejor iban las cosas contigo, Caporal, porque estábamos de acuerdo.

Sin dejar de mirarle, volvió á remover el trigo; y él olvidaba su partida de la Borderie, su matrimonio y hasta el hijo que iba á nacer. Cogióla las muñecas en el fondo de las semillas, y subió las manos, á lo largo de los brazos empolvados de harina, hasta el pecho de niña que el abuso de los hombres parecía endurecer. Aquello es lo que ella quería desde que lo había visto. Ya la echaba sobre el montón de trigo, cuando detrás de los sacos apareció el viejo pastor Soulas tosiendo con fuerza.

De un salto levantóse Santiaguilla, mientras que Juan balbuceaba:

—Está bien, volveré por los cinco hectolitros.....

Apresuróse á salir de la granja, y cuando cogía las bridas del caballo, Soulas le dijo á la puerta:

—¿Volvemos á las andadas?..... Pues haz el favor de decirle que se calle si quiere que yo no hable.

Juan rehusó mezclarse en nada con un gesto. Estaba avergonzado, irritado por lo que había dejado de hacer. Todo el pasado se despertaba en él, y sintió que á pesar suyo volvería. Y tembloroso saltó sobre su caballo y emprendió el galope para llegar más pronto á Rognes.

Cuando Francisca se encontraba con Buteau, sobre todo á solas, se turbaba. Hacía dos años que no le dirigía la palabra; pero no podía verle sin experimentar un estremecimiento en todo su cuerpo. Acaso cólera, acaso otra cosa. Cuando le encontró la última vez, se había trastornado hasta el punto de dar un mal paso y caer, embarazada por su tripa, queriendo dar un salto.

Aquella noche, cuando Buteau contó á Elisa la caída de su hermana, los dos se miraron con un mismo pensamiento: si se hubiera matado con su hijo, el marido no tendría derecho á nada y la casa y la tierra volverían á ellos. Sabían por la Grande lo del testamento diferido, inútil después del embarazo. Cuando se acostaron volvieron á hablar del asunto. Aquel embarazo, sobre todo, les había irritado, porque un hijo era la pérdida de toda esperanza. Cuando Elisa apagó la luz, le produjo una risa singular la idea de que los niños que no han nacido pueden no nacer. Buteau le preguntó que por qué decía aquello. Pegada á él, con la boca en su oreja, ella le hizo esta confesión: el mes último se apercibió de que estaba *cogida* otra vez, y

sin decirle nada había ido á casa de la Lapin, una vieja de Magnolles que era hechicera. ¡Otra vez embarazada! ¡Muchas gracias! La Lapin con una aguja la había desembarazado de aquello. Buteau escuchaba sin aprobar ni desaprobár, y se preguntaba cómo su mujer se procuraría la aguja para Francisca. Ella se echó á reír, y abrazándose á él más estrechamente, le dijo al oído que la Lapin enseñaba otra manera, una manera muy graciosa. ¿Cuál? Pues bien: un hombre podía deshacer lo que otro hombre había hecho: no había más que coger á la mujer, y hacerla tres cruces en el vientre, rezando un *Ave María* al revés. El niño se deshacía como el viento..... En fin, Elisa deseaba que él ensayase sobre ella el *Ave María* al revés y las tres cruces para darse cuenta de si sentía algo. ¡No, nada! Era que la aguja había bastado. En Francisca aquello haría estragos. Pero él decía que cómo podría hacer aquello.—¡Cómo! ¿pues no la había poseído?—¡Jamás!—Y Buteau negaba mientras que su mujer le clavaba las uñas, celosa ahora. Y se durmieron uno en brazos del otro.

Aquella tarde Francisca fué á buscar á Juan y se quedó sorprendida al no encontrarle labrando. En cambio apercibió en la margen de su tierra á Buteau y á Elisa haciendo gestos de furor. Acaso el arado de Juan había entrado en su pieza. Siempre había motivos de disgusto; aquello no podía acabar más que á golpes y con procesos.

—¿Oyes?—continuó Buteau alzando la voz—os voy á llevar á los tribunales.

La joven ni siquiera volvió la cabeza.

—¿Qué se te está hablando?—exclamó Elisa fuera de sí.—Ven á ver el lindero, si crees que mentimos.

Y ante el silencio y el afectado desdén de su hermana, se adelantó hacia ella con los puños cerrados.

—¿Te estás burlando de nosotros? Soy tu hermana mayor y me debes respeto. ¡De rodillas, de rodillas, canalla!

Francisca sin hablar le escupió á la cara. Y Elisa se precipitaba sobre ella, cuando Buteau intervino apartándola violentamente.

—Déjame, eso es cuenta mía.

¡Sí, ella lo dejaría, y podía matarla si quería, que no sería ella quien lo impediría! Alrededor de ellos, bajo el plumizo cielo, la inmensa llanura extendíase desierta.

Buteau avanzaba hacia Francisca, y ésta, al verle con el rostro duro y los brazos tendidos, creyó que iba á pegarla. No había abandonado la hoz que llevaba, y con ella quiso amenazarle, pero temblaba; por lo demás, él se la había cogido ya por el mango y la tiró al suelo. Para escapar fué retrocediendo hasta el campo vecino, dirigiéndose á un pajar que allí había, como para parapetarse tras él. Él, sin apresurarse, avanzaba abriendo poco á poco los brazos y con una risa silenciosa. Francisca comprendió de pronto que no quería pegarla, que quería otra cosa, lo que ella le había rehusado tanto tiempo. Tembló más entonces y sintió que toda su fuerza la abandonaba.....

Buteau, obligándola siempre á retroceder, habló en fin en voz baja y ardiente:

—Tú sabes que no ha concluido todo entre nosotros, que te quiero y que te poseeré.

Cuando la tuvo contra el pajar, la cogió por los hombros y la echó á tierra. Pero en aquel momento

ella se defendió con la costumbre de su larga resistencia. Él la sujetaba evitando las patadas.

—Puesto que estás embarazada, tonta, ¿qué arriesgas?.... ¡No te añadiré otro seguramente!

Francisca rompió á llorar y tuvo como una crisis, no defendiéndose más, pero agitando las piernas con sacudidas nerviosas. Buteau se volvió á su mujer:

—¡Sujétamela si quieres que se haga aquello!

Elisa, que estaba inmóvil á diez pasos, llevando sus miradas de ellos al horizonte, sin que su rostro se contrajera, acudió sin vacilar al llamamiento de su marido, y cogiendo la pierna izquierda de su hermana, la apartó y se sentó encima. El dolor debió ser tan vivo, que Francisca, clavada en el suelo, se abandonó cerrando los ojos. Sin embargo, conservaba todo su conocimiento, y cuando Buteau la hubo poseído, experimentó á su vez un espasmo de dicha tan agudo, que lo estrechó fuertemente entre sus brazos, lanzando un prolongado grito. Unos cuervos que pasaban se asustaron. De detrás del pajar apareció la cabeza del tío Fouan, que se había refugiado allí contra el frío. Lo había visto todo, y tuvo miedo sin duda, porque se ocultó entre la paja.

Buteau se había levantado y Elisa lo miraba fijamente. Ella no había tenido más que una preocupación: asegurarse que él hacía bien las cosas; y en la pasión que había puesto en ello había olvidado las cruces y el *Ave María* al revés. ¿Qué? ¿sólo lo había hecho por placer?

Pero Francisca no le dió tiempo á explicarse. Por un momento había permanecido en tierra, como sucumbiendo á la violencia de aquella dicha

de amor que todavía no conocía. Bruscamente comprendió la verdad: amaba á Buteau como no amaba ni amaría á nadie; el único hombre á quien no podía poseer sin ser una infame!

Levantóse de pronto, mostrando toda su angustia con palabras entrecortadas:

—¡Cochinos!.... ¡Me habéis perdido!.... Por menos van otros á la guillotina.... ¡Yo se lo diré todo á Juan, y él os arreglará!....

Buteau se encogió de hombros, satisfecho por haber conseguido su deseo.

—¡Déjalo!.... Si te morías de ganas; bien lo he notado.... Otra vez continuaremos.

Aquella chanza acabó de exasperar á Elisa, y toda la cólera que sintió contra su marido se volvió contra su hermana.

—¡Es verdad, puta! Yo lo he visto.... tú le has seguido, le has obligado.... ¡Atrévete ahora á repetir que no has dormido con mi marido!....

—¡Mientes!—exclamó Francisca fuera de sí.— ¡Tú sabes que mientes!

Elisa la contestó con una bofetada. Aquella brutalidad enloqueció á Francisca, que se lanzó á ella. Buteau, con las manos en los bolsillos, sonreía, sin intervenir, como gallo vanidoso por el que se pelean dos gallinas. Y comenzó una lucha horrible y ambas rodaron por el suelo. Elisa lanzó un gemido, Francisca la clavaba las uñas en el cuello, y entonces, como un relámpago, tuvo el pensamiento de matar á su hermana. A su izquierda había visto la hoz, que, caída entre unos cardos, tenía la punta hacia arriba. Rápidamente rodó á Francisca sobre aquella hoja brillante con todas sus fuerzas. La desgraciada cayó á la izquierda

lanzando un grito terrible. La hoz le había entrado por el costado.

— ¡Dios mío! — balbuceó Buteau.

Y aquello fué todo. Había bastado un segundo. Elisa, asombrada al ver realizarse tan pronto lo que deseaba, miraba cómo las ropas, cortadas, se manchaban de sangre. ¿Habría penetrado el hierro hasta el pequeño? Detrás del pajar asomaba de nuevo el pálido rostro del viejo Fouan. Todo lo había visto.

Francisca no se movía, y Buteau, que se acababa, no se atrevió á tocarla. Invadióle un loco terror.

— ¡Está muerta, huyamos!..... ¡Dios mío!

Cogió la mano de Elisa, echaron á correr á lo largo del camino desierto, y desaparecieron.

Algunos minutos más tarde, cuando Juan volvió, aquello fué un gran dolor.

¿Qué había pasado?

Francisca, que había abierto los ojos, seguía sin moverse, y miraba á su marido sin contestar á sus preguntas.

Volvióse éste hacia el tío Fouan, que se había decidido á acercarse.

— ¿Estabais aquí? ¿qué ha pasado?

Entonces Francisca habló con trabajo.

— Había venido á segar hierba..... he caído sobre mi hoz..... que me ha entrado aquí..... ¡Ah, esto se ha acabado!

Su mirada había buscado la de Fouan. El viejo pareció comprender, y repitió:

— Es verdad; se ha caído y se ha herido..... Yo estaba aquí y lo he visto.

Hubo que ir á Rognes por una camilla. En el

camino Francisca se desvaneció de nuevo y creyeron que no llegaría viva.

IV.

Justamente el día siguiente era el domingo en que los mozos de Rognes debían ir á Cloyes á ser sorteados; y mientras al oscurecer la Grande y la Frimat, que habían acudido, desnudaban y acosaban á Francisca con grandes precauciones, allá abajo, en el camino, sonaba el tambor.

Juan, que había perdido la cabeza, partía á buscar al doctor Finet, cuando encontró cerca de la iglesia á Patoir, el veterinario, y le obligó á entrar á ver á la herida, aunque el otro se negaba. Cuando dos horas después Juan trajo al doctor Finet, éste hizo un gesto desesperado. No se podía hacer nada. El embarazo de cinco meses era una complicación. Antes de marcharse el médico advirtió al marido que su mujer no saldría de aquella noche. Salió, sin embargo, y todavía vivía cuando de nuevo, á cosa de las nueve, sonaba el tambor para reunir á los mozos de la quinta delante del Ayuntamiento.

Toda la noche había estado diluviando, y Juan había estado oyendo cómo caía la lluvia, sentado en el fondo de la alcoba con los ojos inundados de lágrimas. Ahora oía el tambor como ensordecido por la humedad de la mañana.

Todo Rognes estaba revuelto, porque las noticias que circulaban de una guerra próxima agravaban aquel año la emoción siempre viva del sorteo. Entre los mozos que entraban en suerte se